

MAMÁ INDIA

SOLEDAD URQUIA





COLECCIÓN PRIMEROS LIBROS

MAMÁ INDIA

SOLEDAD URQUIA



TENEMOS LAS MÁQUINAS

Urquia, Soledad

Mamá India / Soledad Urquia. - 1a ed . -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tenemos
las Máquinas, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3633-11-9

1. Literatura. I. Título.
CDD A863

© Soledad Urquia, 2016

© Tenemos las Máquinas, 2019, 2021

EDICIÓN

Julieta Mortati

DISEÑO

Julián Villagra

CORRECCIÓN

Martín Vittón

RETRATO DE CUBIERTA

Ana Carucci

EDITORIAL TENEMOS LAS MÁQUINAS

Av. Independencia 2765 (1225), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

tenemoslasmaquinas@gmail.com

www.tenemoslasmaquinas.com.ar

Hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la colección Primeros Libros

Para Santiago y Aurora

*El camino es difícil, cruzarlo es como andar
sobre el agudo filo de una navaja.*

KATHA UPANISHAD III

1

Nunca llegué a saber del todo de dónde era, cuántos años tenía o si Siva era su verdadero nombre. Tampoco entendía por qué hablaba perfecto en inglés y con acento de Inglaterra si en realidad nunca había salido de India. Lo único claro era que hacía años que vivía en el pueblo de la Montaña: decía que había llegado hacía siete, pero los occidentales que llevaban mucho tiempo ahí comentaban que había estado desde siempre. Hablar era su principal talento, no sólo en ese inglés tan raro sino también en hindi, tamil y a veces en sánscrito. Quizá sea por eso que cuando me acuerdo de él, lo primero que aparece en mi cabeza no es una imagen sino el sonido de su voz.

“Fortalezco mi cuerpo, estudio los Vedas, medito y me preparo para el cambio de era”, le dijo a un austríaco curioso y amable que le preguntó qué hacía durante el día. Yo sabía que no trabajaba pero, lejos de ser un sadhu entregado a la contemplación, era algo así como un lumpen demasiado cómodo para vagabundear en serio. En ese pueblo, muchos sabios y buscadores de la Verdad comían todos los días gracias a la caridad y dormían en la calle, pero Siva nunca quiso sumarse a ese grupo. Incluso rechazabamis invitaciones a los puestos callejeros donde yo

cenaba porque él sólo consumía alimentos acordes a una dieta ayurvédica estricta que él mismo se había inventado. Incluía dos o tres litros de leche por día, un coco cada tres horas, todas las almendras que podía conseguir y pollo una vez por semana, lo que se complicaba bastante porque en esa parte de India todos eran vegetarianos.

Siva no tenía ningún ingreso pero se las arreglaba para que algún occidental financiara su vida. Igualmente, a veces se quejaba de que estaban a punto de desalojarlo de su habitación. Cuando yo insinuaba que podría conseguirse un trabajo y ahorrarse este tipo de problemas, él me miraba indignado y se iba.

La primera vez que se me acercó, me asusté. Tenía los dientes manchados, las uñas de las manos y de los pies muy largas, y usaba su única muda de ropa: un pantalón marrón y una camisa manga corta verde militar, gastados y con manchas de aceite. Pero después de que me hablara un poco confié en él, no sé si por intuición, soledad o porque me estaba tomando muy en serio el tema de la aceptación total. Lo importante es que a partir de ese momento nos convertimos en algo así como aliados: sellamos un pacto de incondicionalidad y protección mutua. Siva empezó a llamarme little sister y a ayudarme con cuestiones prácticas. Con el fin de gestionarme alquileres baratos, esparcía por el pueblo rumores de que mi pobreza sólo era comparable a la intensidad de mi búsqueda espiritual. También le decía a quien quisiera escucharlo que yo tenía menos necesidades y deseos que cualquier persona,